

## Los Artificios de la locura manifestados en los cuentos de Quiroga.

Qué refrescante ha resultado leer a Quiroga. Desglazando la magia, indagando en lo turbio y desangrando al ser humano (literal y figurativamente), el escritor da un masaje a nuestra astucia haciéndonos creer que los personajes y el entorno están locos. El uruguayo puede resultar burdo de cuando en vez, pero esto es perdonado en la descripción lúcida de sus paisajes, especialmente si se trata de la selva o la naturaleza. ¿Y cómo no? Siendo éste un siervo de Rudyard Kipling, sus descripciones de la selva tenían que ser magníficas. La trampa es tan común en las tres obras leídas que la misma podría traducirse como un recurso estilístico; sin embargo, es redundante decir que la única trampa que el escritor emplea es la locura. Por todo lo dicho anteriormente, el siguiente escrito analizará la importancia de estos artificios, exponiendo, a su vez, a los personajes y el por qué de su accionar.

En el cuento de mayor longitud, la pluma da vida a los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Feraz. Estos personajes viven a la sombra de Bertita, su hermana, ícono de la perfección. Tras la bestialización de los hermanos de Berta se ocultan motivos y causas. Como es sabido, los cuatro idiotas degollan a su hermana en el final del cuento, haciendo lo que su empleada, María, hizo minutos antes. El lector de simple vista podría concluir en que este acto irracional es el producto del accionar de un loco. Sin embargo, es fácil de dudar que los hermanos de Bertita no están locos: padecen de una discapacidad mental, están enfermos. Y es allí donde erradica la magia de Quiroga; fusiona lo patológico con lo psicológico usando la trampa de la que hemos estado hablando. Obviamente

era esto de esperar, ya que fue siempre un ferviente admirador del maestro soviético, Fiódor M. Dostoiévski. El autor bifurca mediante artificios y trampas dos corrientes completamente distintas, que son las de Kipling y las de el ruso, como dos afluentes que desembocan en un lago. Es claro entender que los hijos discapacitados del matrimonio Pazzini-Ferraz no han matado a Berhita a causa de la locura, sino a causa de su enfermedad y al morir Berhita, dicho sea de paso, los cuatro idiotas se desencadenan de la sombra de su hermana.

En el texto "El Almohadón de Plumas", Horacio Quiroga nos intenta persuadir de que su personaje, Alicia, cae en cama y muere debido a una alergia a los ácaros, pero sin duda manifiesta nuevamente a través de pistas falsas y artificios, la locura. En este cuento Quiroga hace hincapié en su devoción por Dostoiévski, difuminando nuevamente las patologías que Alicia sufre y la psicología. Y es que aquí es indispensable saber que la locura sí existe en esta obra, pero no es la causante de la muerte final. Alicia es disminuida psicológicamente debido a la frialdad de su marido Jordán al tal punto que esta pierde la razón, pasando los días simplemente esperando que llegue su marido. El uruguayo usa el bicho, verdugo ácaro de Alicia, como una metáfora, porque es obvio que la mujer cae en reposo a raíz de esta especie de desamor conyugal, por lo que podemos asegurar que la succión sanguínea la propició el insecto, pero hubo previamente una succión sentimental por parte de su marido.

Si bien hemos ya andado los dos cuentos, procederemos ahora a un breve estudio de la locura en su cuento "A la Deriva". Aquí las descripciones son hermosas, ya que el cuento es muy visual en todo sentido (Entendemos

ahora por qué el escritor fue apodado "el Kipling americano"!)  
En este cuento, la alusión a la locura es mínima. El personaje principal, Paulino, es picado por una serpiente de río y a partir de ese momento el personaje y su vida se mueven a la deriva. Cuando Paulino, en sus momentos finales de agonía, tiene alucinaciones, el autor nos hace creer que está loco y que morirá con locura; pero es que a raíz de esta transformación casi metamórfica (parecida a la de Kafka y Gregor Samsa) Quiroga le otorga como un cómplice, unos espasmos de tranquilidad, donde yace sin rumbo. Paulino parece inconsciente de su estado físico, sin nadie que se lo recuerde: algo que muy fácilmente se confundiría con la locura.

Reitero mis palabras al decir que el uruguayo es alguien a quien hay que leer, debido a su forma de expresar la locura en forma de trampa, sus inagotables descripciones de la selva que son casi cinematográficas, y su forma de unir a Kipling y a Dostoievski, dos novelistas, en un solo cuento. Sin embargo, Jorge Luis Borges no se alejaba de la verdad al aseverar que cualquiera puede ser un Quiroga: su simpleza y su carencia de formalidad hacen de él escritor, alguien fácil de imitar. Pero, a pesar de todo, qué refrescante me ha resultado leer a Quiroga.

Díaz Grey.